

Markéta Křížová

**“En tiempo tan tempestuoso y turbulento
para nosotros.”**

**Los misioneros jesuitas en la frontera septentrional
de Nueva España antes de la expulsión**

Ya unas décadas antes de la expulsión se agudizaron los conflictos de los jesuitas con las autoridades locales en colonias, con otras órdenes y el clero secular, así como con los mismos indios de sus misiones. Especialmente acentuados se manifestaron estos conflictos en misiones de la zona norte a de Nueva España. El análisis detallado de los acontecimientos en esta región puede ser útil para la mejor comprensión de la postura del público americano hacia los jesuitas. A pesar de que la iniciativa de la expulsión vino de Europa y de Europa iban llegando también panfletos, ataques y calumnias en contra de los jesuitas, las actividades de los misioneros jesuitas en las regiones periféricas ayudaron a fortalecer los sentimientos antijesuíticos. Aunque a veces fue consecuencia de las faltas de individuos, es posible decir que el sistema misional jesuita en el norte se encontró, en general, en una situación muy ardua, en la que fue casi imposible hallar una solución satisfactoria. Como se quejó el P. Cristóbal de Cañas en 1736, era “tiempo tempestuoso y turbulento”¹ para toda la Compañía, pero para sus ministros entre los indios en particular.

La denominación “frontera septentrional” es un poco vaga. Pero, en realidad, podemos precisarla tan sólo aproximadamente. Podemos decir que se hallaba al sur de los EEUU actuales y al norte del México colonial, es decir, en las regiones de Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Tarahumara y California. Pero es mejor caracterizarla por medio de las condiciones sociales que por una demarcación geográfica. La frontera representaba el límite de la expansión colonial de la Nueva España, poco

¹ Cristóbal de Cañas al P. provincial José Barba, 5 de abril de 1736, cf. González R. (1993: 477).

poblada, alejada de los centros administrativos, del control de las autoridades, fuera del alcance de la cultura y civilización, y al mismo tiempo la línea defensiva de los establecimientos españoles. El motivo principal y en esencia único de la colonización lo representaban las minas, especialmente las minas de plata. En sus alrededores se concentraba la mayoría de la población. Al contrario había muy pocos agricultores viviendo por allí. También faltaban caminos para el transporte seguro de personas, de víveres y de herramientas, y sin éstos era imposible subsistir e instituir un movimiento comercial que fuera un apoyo importante para el desarrollo de la provincia. La sociedad seguía siendo inestable, sin gobierno sólido, la legislación era dependiente de la voluntad individual de personajes concretos. La región estaba insegura debido a las frecuentes incursiones de indios nómadas y a la amenazadora presencia extranjera, la de Francia, Inglaterra y Rusia. En este estado de cosas los misioneros jesuitas representaban una fuerza de suma importancia para la colonización y estabilización de la frontera. Pero, de eso resultaba que sus encargos sobrepasaban considerablemente la mera evangelización. Mientras que en las residencias y en los colegios en las ciudades más al sur los jesuitas trabajaban en esencia igual como en las ciudades europeas, las obligaciones y los problemas de los misioneros eran absolutamente distintos. La estancia y la vida en la frontera les imponía exigencias especiales.

En el noroeste había, en el siglo XVIII, aproximadamente un centenar de misiones jesuíticas. Sus administradores en su mayoría no pertenecían a la élite intelectual de la Compañía, ellos tenían que demostrar ante todo las capacidades prácticas y organizadoras. Se requerían hombres “de buena salud, robustos y de valor, que sepan hacer rostro a los trabajos. No menos se requiere en este género de misioneros la ciencia [...]. No siempre tienen ocasión [...] para consultar a otros”,² como lo expresó Bernardo Rolandegui, misionero de la Tarahumara y después rector allí mismo. En particular, se valoraba la capacidad de adoptar decisiones independientes. A diferencia de la tradición de la Compañía, los jesuitas en el norte de Nueva España, por lo común, no trabajaban en compañía de otros socios, pero vivían solos por la mayor parte del año. La razón de ello fue la falta continua de misioneros.

² Cf. González R. (1993: 225-226).

Muchas veces un solo hombre administraba dos o tres misiones. A la vastedad del territorio se unía aún la falta de comunicaciones. Los misioneros se reunían una o dos veces al año durante varios días para intercambiar experiencias y noticias, y para cobrar nuevas fuerzas para sus compromisos espirituales y apostólicos.

Pero, a pesar de todo esto, acciones arbitrarias podían provocar objeciones por parte de los superiores. Por ejemplo, el P. Juan Nentvig se quejó del misionero Alejandro Rapicani: “El dicho padre prosigue en no avenirse a lo que se le manda y quisiere ir adelante en su propio juicio, dando qué decir a nuestros enemigos [...]. Se me ha ofrecido [que] el único remedio [es el] de sacarlo de su misión, con título de descanso.”³ Aún más grave fue el caso de José Agustín de Campos, misionero de los pimas en Sonora. El visitador Luigi María Genovese informó en 1722 que Campos “conchavó de vender 5,000 novillos y toros [de su misión] sin avisarme a mí nada, ni al padre rector Velarde”.⁴ Campos tuvo que pasar a México a dar cuenta de sus acciones al padre provincial. Cuando este jesuita unos años más tarde había tomado actitud favorable hacia el gobernador Huidobro, con quien se querellaron sus co-misioneros y superiores, el rector Velarde le encargó a Campos, “en virtud de santa obediencia”, que entregara “todos los tantos del papel que escribió y los que tuviere acerca del asunto”, y no escribiera a nadie sin previa censura.⁵ Igualmente en este caso los superiores decidieron que ya era tiempo de que Campos se retirara a algún colegio de la provincia.

Los motivos de tal cuidado resultaron del complicado equilibrio de poderes en la frontera. Figuraron en ella indios bravos (o gentiles), sobre todo los apaches; indios amistosos; colonos españoles, que trabajaron en minas o haciendas; élites locales, hacendados, gobernadores y comandantes de presidios militares; y también el clero secular. Todos ellos podían causar el fracaso del empeño misional. Por la naturaleza de su tarea misionera, los jesuitas se encontraban ante todo con los indios. En comunidades misionales que fundaban tenían formalmente la posición

³ Juan Nentvig al P. provincial Salvador de la Gándara, 8 de enero de 1767, cf. Nentvig (1971: 222).

⁴ Luigi María Genovese al P. provincial Alejandro Romano, 8 de marzo de 1722, cf. González R. (1993: 424).

⁵ Cf. González R. (1993: 429-430).

dominante. Ellos decidían sobre la estructura y miembros de la organización civil de las misiones, servían de intermediarios con el mundo exterior, disponían de los excedentes agrícolas de los indios. Sin embargo, en realidad tenían que adaptar su empeño docente a las circunstancias ambientales. Dada la escasez de soldados españoles y la carencia de dinero para su mantenimiento, dadas las condiciones particulares de la lucha constante contra los apaches, era imprescindible una participación activa de indios cristianizados en la defensa de la frontera. Por esto no era posible la isolación completa de los misiones y los misioneros se hallaban, por parte de los comandantes militares, bajo la presión de no oponerse a los costumbres indígenas, especialmente los rituales de guerra. Torturas de cautivos, embriaguez ceremonial, danzas y cantos nocturnos, todo esto elevaba la belicosidad de los indios, pero al mismo tiempo perturbaba la moral en las misiones. Juan Nentvig en su *Descripción de Sonora* relató, cómo “si les va bien en la campaña de los enemigos que matan, traen sus cabelleras –que aprecian más que otro botín– y los cautivos niños y mujeres, que, llegando a sus pueblos, bailan día y noche, que da lástima ver el estropeo que causan con esta locura, en sí propios, y más en los cautivos que de esta manera llevan en triunfo; y he visto morir [...] una preciosa niña apache – a mi entender de sólo cansancio y desvelo [...] Aunque tuve el consuelo de bautizarla primero, aunque ya moribunda”.⁶ Aún más graves eran los problemas causados por los comandantes nativos, relacionados con los comandantes españoles y muy confiados en sí mismos. El mismo Juan Nentvig avisó: “Para el indio es veneno de calidad muy violenta el oírse alabar y tratar de ‘señor’, como lo hacen muchos incautos españoles.”⁷ El haber insultado de palabra el P. Ignacio Xavier Keller en 1751 al “capitan-general de los pimas” Luis Oacpicagigua, amigo personal del gobernador de Sonora Diego Ortiz de Parrilla, llamándole “un perro cuyo pasatiempo propio es cazar conejos en las colinas”,⁸ fue ésto una de las razones para retirar temporalmente a Keller de las misiones norteañas.

Los misioneros no osaban pasar por alto las pretensiones de los comandantes militares. En caso de ataques, frecuentemente se veían

⁶ Nentvig (1971: 111).

⁷ *Op. cit.* (167-168).

⁸ Kessell (1970: 103).

obligados a buscar refugio en los presidios españoles para salvar sus vidas. También los comandantes les podían negar la escolta que debía protegerlos en las entradas a los indios gentiles.⁹ Por añadidura, debido a la exageración de la paciencia de sus neófitos pudo haber sublevaciones y revueltas. Éstas solían tener consecuencias graves, que no se limitaron a las misiones: quemas de los pueblos, muertes de los colonos, a veces muertes de los mismos misioneros. Sólo pocos gozaban en sus misiones de tanta popularidad como Joseph Neumann, a quien en 1690 sus propios indios protegieron de los indios alzados de otras misiones.

Otra fuente de disputas graves representaba la cuestión de la mano de obra indígena. En ese caso, los misioneros se enfrentaban con la población local blanca de la frontera, que consideraba las misiones como fuente de obreros indios para las minas. P. Luigi Mancuso informó ya en 1715 al virrey de Nueva España de la “continua saca de indios para minas y morteros” y se quejó de “que los habitantes de esta tierra no atienden a otra cosa que a sus conveniencias y particulares intereses [...] como si no hubiera para ellos leyes reales”.¹⁰ Los privilegios reales aseguraban a los jesuitas la protección máxima de sus neófitos. Solo cuatro de cada cien indios misionales pudieron ser llevados a las minas. También, los indios estaban liberados del diezmo y otras tasas eclesiásticas. Todas estas prerrogativas fueron impuestos por parte de la administración virreinal – hasta el momento de iniciarse una reestructuralización fundamental de la frontera septentrional en la primera mitad del siglo XVIII.

Después, las autoridades centrales trataban superar la debilidad de la autoridad política y militar en esta región, precisar con claridad los límites septentrionales de la colonia, y también protegerlos. Apareció, por ejemplo, el proyecto de poblar las zonas norteñas con familias conducidas de otras regiones de Nueva España.¹¹ En todo esto los habitantes de las misiones, y juntamente con ellos también los misioneros, representaban más bien un obstáculo que un apoyo. Los combatientes indígenas reemplazaron paso a paso los ejércitos españoles.

⁹ Véase Jacobo Sedelmayr al visitador Juan Antonio Balthasar, 22 de marzo 1747, cf. Matson-Fontana (1996: 11-12).

¹⁰ Luigi Mancuso al duque de Linares, 13 de febrero de 1715, cf. González R. (1993: 464-465).

¹¹ Viveros, Germán, “Introducción” a Nentvig (1971: 21).

Por otro lado aumentó su valor como labradores y también el valor de la tierra agrícola de las misiones. Por añadidura, desde los años treinta del siglo XVIII llegaron al norte algunos representantes del nuevo tipo del gobernante, administradores o encauzadores de propósitos y esfuerzos del poder central, quienes limitaron las competencias de misioneros. En 1734 el virrey de Nueva España, marqués de Casafuerte, estableció una nueva gobernación en el norte, independiente de Nueva Vizcaya, pero sujeta a la Audiencia de Guadalajara en asuntos de justicia. Su primer gobernador (1734-40) fue don Manuel de Huidobro quien, confirmado en sus cargos, empezó a inspeccionar las misiones sonorenses, dictando algunas medidas respecto a la catequesis de los indígenas y al modo de elegir a los gobernadores y demás justicias aborígenes. Los jesuitas lo juzgaron como una intromisión grave en los asuntos de las misiones y respondieron con contraataques, acusando a Huidobro de varios crímenes. Finalmente el gobernador, en aras de la paz, dejó las cosas como estaban antes. Pero esto no le despojó del desfavor de los jesuitas. Un informe anónimo dirigido al provincial Juan Antonio Baltasar hacia 1753 acusó al gobernador Huidobro que “se dejó predominar del desseo de amontonar y ganar más dinero”. Su esfuerzo de secularizar algunas misiones lo interpretó el mismo informe como intento de venganza, porque los padres “eran los únicos opositores, pues los vezinos, lisongeados con la esperanza del abundante servicio de los yndios, fácilmente se hicieron de su parte, agavillándose con él mismo para impugnar a los padres”.¹² También todos los sucesores de Huidobro en los años siguientes llegaron a ser objeto de la crítica de los jesuitas, siendo acusados de comportamiento arbitrario y aspiración de enriquecerse a expensas de los indios y de los misioneros. A pesar de que podemos presumir que estos funcionarios perseguían sus propios intereses, lo concentrado de los ataques da testimonio del sentimiento de peligro por parte de los jesuitas.

Una de las posibles soluciones hubiera sido salir de esta región, conformar a la secularización de las misiones, trasladar a los indios a la jurisdicción de un obispo y proseguir la expansión misionera en territorios nuevos. Así procedieron los jesuitas ya antes. Pero a mediados del siglo XVIII, ellos –y el virreinato de Nueva España en su totalidad– en

¹² Cf. Burrus/Zubillaga (1986: 328-329).

esencia no podía expandirse más allá al norte. Allí había regiones faltas de recursos, inoportunas para la agricultura, pobladas por indios demasiado belicosos. Las únicas tribus reducibles las obtuvieron los franciscanos. Por eso, los superiores jesuitas continuaron en defensa de sus posiciones actuales, acentuando privilegios de las misiones e insistiendo en la obediencia y lealtad absoluta de todos los miembros de la Compañía. Trataron de prevenir eventuales intervenciones contra las misiones con mandatos y preceptos y tomaron mal a los misioneros sobre todo “la demasiada familiaridad con los seglares, que, con mucha livertad de lengua y chismes, enagenan los ánimos de unos misioneros con otros, y los empeñan a que descubran sus sinsabores y las faltas de sus hermanos, que, oydas por los seculares, se publican en todas partes”.¹³

Pero el cuidado no era provechoso. Cristóbal de Cañas se quejó en su informe sobre el estado de la provincia de Sonora (1730) que los misioneros se encontraron “en blanco de las calumnias de los domésticos y extraños. Si admitimos en nuestras casas a algunos de los más juicios y nobles de la provincia, dicen que es para formar sátiras y dar consejo contra los enemigos de éstos [...]. Si nos retiramos, que somos cavi-lossos. Si franqueamos la casa y mesa a los que la merecen, que somos pródigos. Si la negamos, que somos miserables. Si vestimos a los indios, que somos perdidos. Si no los vestimos, que somos tiranos”.¹⁴ El pretexto más serio de las intervenciones en contra de los jesuitas llegaron a ser las rebeliones indígenas en las misiones. La meta de tales sublevaciones siempre era acabar con los españoles y con los misioneros, con los reales de minas y con las haciendas. En sus orígenes influían numerosos factores: la opresión por parte de los colonos en las actividades laborales, el despojo de sus tierras y aguas, el daño a sus ganado, la vida en pueblos, las exigencias de la vida cristiana y la actividad de sus caciques y hechiceros. Mientras que los jesuitas se referían a las influencias negativas de los seglares como causa principal de las sublevaciones, sus adversarios tuvieron oportunidad de criticar las condiciones en sus misiones. En este sentido, las disputas culminaron

¹³ Instrucciones a los visitantes generales de las misiones, redactadas por el provincial José de Arjó, 1722, cf. Burrus/Zubillaga (1986: 13-14).

¹⁴ Cf. González R. (1993: 501).

después del alzamiento pima en Sonora en 1751, en que murieron centenares de colonos españoles y también dos misioneros. Los jesuitas locales y sus superiores por un lado, y el gobernador de Sonora, Diego Ortiz de Parrilla, por el otro, diferían fundamentalmente en la explicación de las causas que habían conducido a esta desastrosa sublevación. Y tampoco concordaban en cuanto a las medidas que se habían que adoptar para poner fin a la revuelta y asegurar la paz. En breve, todos se valieron de la sublevación para culpar y acusar a sus rivales.¹⁵

Es casi imposible especular sobre el desarrollo que hubiera acontecido en el norte en las décadas próximas, si no hubiese llegado el decreto de la expulsión. Pero las relaciones en la frontera, entre los jesuitas y otros grupos interesados, eran tensas y su espacio de maniobrar disminuyó proporcionalmente a la progresiva colonización, a pesar del relativo prestigio del cual gozaban los jesuitas en la colonia.

¹⁵ Burrus/Zubillaga, p. xiv. Para las documentos de estos años véase Burrus/Zubillaga (1986: 217-349), para el resumen de los acontecimientos véase Ewing (1938, 1941).

Bibliografía

- Burrus, Ernest J., S. J./Zubillaga, Félix, S. J. (1986): *El noroeste de México (Documentos sobre las misiones jesuíticas 1600-1769)*, México.
- Ewing, Robert (1938): “The Pima Outbreak in November, 1751”, en: *New Mexico Historical Review* 13, 337-346
- (1941): “Investigations into the Causes of the Pima Uprising of 1751”, en: *Mid-America* 23, 138-151.
- González Rodríguez, Luis (1992): *Crónicas de la Sierra Tarahumara*, Chihuahua.
- (1977): *Etnología y misión en la Pimería Alta, 1715-1740*, México.
- (1993): *El noroeste novohispano en la época colonial*, México.
- (1986): “Joseph Neumann (1648-1732), historiador y etnógrafo de la Tarahumara”, en: *Ibero-Americana Pragensia*, XX, 141-158.
- Matson, Daniel (trad.)/Fontana, Bernard (ed.) (1996): *Before Rebellion (Letters and Reports of Jacobo Sedelmayr, S. J.)*, Tucson.
- Nentvig, Juan (1971): *Descripción geográfica [...] de Sonora* (ed. Germán Viveros), Publicaciones del Archivo General de la Nación, México.
- Neumann, Joseph (1994): *Historia de las Sublevaciones Indias en la Tarahumara* (ed. Bohumír Roedl, trad. Simona Binková), Praga: Universidad Carolina.
- Polzer, Charles (1976) (ed.): *Rules and Precepts of the Jesuit Missions of Northwestern New Spain*, Tucson.
- Santos, Ángel (1992): *Los jesuitas en América*, Madrid: Colecciones MAPFRE.